# De lo adecuado y bello

Por Yves Zimmermann

Sócrates, en un diálogo con Hipias sobre ollas y cucharas sucedido hace más de dos mil años, plantea un clásico tema del diseño: la relación entre la belleza y la utilidad de los objetos.

## 1

La belleza es una cuestión que se discute en varios de los diálogos de Platón. Un diseñador, que conoce la problemática de su profesión y sabe que la belleza —la «estética» como suele denominarse— no sólo es parte de esta problemática sino que también juega un rol importante en la configuración de los objetos que proyecta, se sentirá tal vez atraído por el diálogo denominado Hipias Mayor.[1] En él se dilucida la cuestión de qué es «lo bello» partiendo de las consideraciones filosóficas más abstractas para ejemplificarse luego en relación a unos sencillos objetos de uso cotidiano. Como ocurre en otros diálogos de Platón, tampoco en este se llega a una respuesta definitiva a la pregunta ¿qué es lo bello? Con todo, tal vez no importe tanto la meta como el camino hacia ella, no tanto la respuesta como la reflexión sobre la pregunta planteada.

Tiene interés este diálogo porque suscita, precisamente, la reflexión sobre el propio quehacer del diseñador. ¿Qué se entiende por belleza en el diseño? ¿Por qué se pueden considerar bellos el mapa del metro de Londres o la aceitera de Rafael Marquina? ¿Cómo se evalúa, qué criterios se siguen para evaluar la belleza de un objeto? Alguna respuesta, tentativa quizá, tal vez pueda atisbarse entrando en el diálogo, dialogando con él.

Sócrates y el sofista Hipias son los únicos interlocutores presentes. Antes de llegar al punto donde abordan propiamente la cuestión que aquí interesa, se nos transmite, a través del discurrir de las preguntas de Sócrates y de las respuestas de Hipias, la idea de que éste último es un hombre vanidoso, superficial e incluso falto de raciocinio. A través de la lectura se ve claramente cómo.

Sócrates conduce a su interlocutor de una contradicción a otra por lo que Hipias se ve en la situación de tener que desdecirse continuamente de sus afirmaciones, cayendo así en el ridículo. Resulta difícil de creer que Hipias tuviera tan poco juicio como nos quiere hacer creer Platón, pues algunas fuentes indican que fue un sofista bastante brillante, aunque, eso sí, muy vanidoso. Esta caricatura es, posiblemente, el fruto de la lucha de Platón contra los sofistas.

Con todo, es Hipias y no Sócrates quien, en algunas de sus respuestas a la pregunta ¿qué es lo bello?, menciona unos conceptos que adquieren gran interés si se piensan desde la

perspectiva del diseño, o sea, cuando plantean esta pregunta en relación a objetos concretos, como una olla o una cuchara. Objetos simples y de uso cotidiano, que hoy configuraría seguramente un diseñador, y que no merecerían especial atención si no fuera por el modo en que los dos dialogantes analizan esta cuestión.

La parte del diálogo que interesa en nuestro contexto (a partir de 286c) comienza así:

> **S:** ...respóndeme ahora brevemente sobre una cuestión, pues me lo has recordado con oportunidad. Recientemente, Hipias, un cierto individuo me llevó a una situación apurada en una conversación, al censurar yo unas cosas por feas y alabar otras por bellas, haciéndome esta pregunta de un modo insolente:
> «¿Cómo sabes tú, Sócrates, qué cosas son bellas y qué otras son feas? Vamos, ¿podrías tú decir qué es lo bello?»

A Hipias le parece irrelevante esta pregunta y le asegura a Sócrates: «Yo podría enseñarte a responder a preguntas mucho más difíciles que ésta, de modo que ningún hombre sea capaz de refutarte». Sócrates sigue fingiendo que no sabe qué responder a aquel individuo, «desatildado, grosero, sin otra preocupación que la verdad», cree que le seguirá cuestionando acerca del asunto y él, Sócrates, le pide «ayuda» a Hipias para que le diga lo que debe contestarle. Este supuesto individuo le pregunta entonces a Hipias a través de Sócrates:

> «Forastero de Élide, ¿acaso no son justos los justos por la justicia?».
> Responde, Hipias, como si fuera él el que te interroga.
> **H:** Responderé que por la justicia.
> **S:** Luego, ¿existe la justicia?
> **H:** Sin duda.
> **S:** Luego, también los sabios son sabios por la sabiduría y todas las cosas buenas lo son por el bien.
> **H:** ¿Cómo no?
> **S:** Por cierto, estas cosas existen, pues si no existieran, no sería así.
> **H:** Ciertamente, existen.
> **S:** ¿Acaso las cosas bellas no son bellas por lo bello?
> **H:** Sí, por lo bello.
> **S:** ¿Existe lo bello?
> **H:** Existe. ¿Cómo no va a ser así?
> **S:** Dirá él [el individuo]: 'Dime forastero, ¿qué es lo bello?'
> **H:** ¿Acaso el que hace esta pregunta, Sócrates, quiere saber qué es bello?
> **S:** No lo creo, sino qué es lo bello, Hipias.
> **H:** ¿Y en qué difiere una cosa de otra?
> **S:** ¿Te parece que no hay ninguna diferencia?
> **H:** Ciertamente, no hay ninguna.
> **S:** Sin embargo, es evidente que tú lo sabes mejor. A pesar de eso, amigo, reflexiona. No te pregunta qué es bello, sino qué es lo bello.
> **H:** Ya entiendo, amigo, voy a contestarte qué es lo bello y es seguro que no me refutará. Ciertamente, es algo bello, Sócrates, sábelo bien, si hay que decir la verdad, una doncella bella.

Es difícil de creer, pero parece evidente que Hipias no es capaz de distinguir entre qué es bello y qué es «lo» bello. Más adelante, Sócrates llega incluso a enfurecer a su interlocutor cuando pregunta: «¿Y una bella olla, no es acaso algo bello?», a lo que Hipias contesta: «Pero, ¿quién es ése [individuo], Sócrates? Un mal educado para atreverse a decir palabras vulgares en un tema serio». O sea: mencionar «olla» en relación a «lo bello» es, según Hipias, una vulgaridad. En este punto del diálogo notamos que, ahora, la cuestión de qué es lo bello, es «un tema serio», cuando antes, al comienzo de esta parte del diálogo, era una pregunta sin importancia.

Más adelante, (289e) Hipias, presionado por Sócrates, afirma ahora que lo bello es el oro, «pues todos sabemos que a lo que esto [el oro] se añade, aunque antes pareciera feo, al adornarlo con oro, aparece más bello». También esta afirmación será refutada por Sócrates, quien se remite a la estatua de Palas Atenea, diosa protectora de Atenas, que había hecho Fidias, e ironiza que el escultor no debía saber que todas las cosas bellas lo son por el oro ya que la había hecho de marfil. Y ahí le pregunta Sócrates a continuación si un determinado mármol, que el escultor había utilizado para una parte del rostro de la diosa, podía ser considerado una cosa bella y Hipias contesta:

> **H:** Lo diremos, al menos cuando su uso es adecuado.
> **S:** ¿Cuando no es adecuado es feo? ¿Debo admitirlo, o no?
> **H:** Acepta que es feo cuando no es adecuado.
> **S:** ¿'No es cierto', dirá [el individuo] 'que el marfil y el oro, sabio Sócrates, cuando son adecuados hacen que las cosas aparezcan bellas y cuando no son adecuados, feas?' ¿Negamos o admitimos que él dice la verdad?
> **H:** Vamos a admitir que lo que es adecuado a cada cosa, eso la hace bella.
> **S:** '¿Qué es lo adecuado', dirá [el individuo], 'cuando se hace hervir, llena de hermosas legumbres, la bella olla de la que acabamos de hablar: una cuchara de oro o una de madera de higuera?'.
> **H:** ¡Por Heracles!, ¿qué hombre es ese, Sócrates? ¿No quieres decirme quién es?
> **S:** No le conocerías si te dijera su nombre.
> **H:** Pues, aún así, ya sé que es un hombre falto de instrucción.
> **S:** Es muy molesto, Hipias. Sin embargo, ¿qué le vamos a decir? ¿Cuál de las dos cucharas es la adecuada a las legumbres y a la olla? ¿No es evidente que la de madera de higuera? Da más aroma a las legumbres y, además, no nos podría romper la olla ni derramar la verdura ni apagaría el fuego dejando sin un plato muy agradable a los que iban a comer, en cambio, la de oro[haría] todas estas cosas[romper la olla con todas las consecuencias descritas] de manera que, según parece, podemos decir que la de madera de higuera es más adecuada que la de oro, a no ser que tú digas otra cosa.
> **H:** En efecto, es más adecuada, Sócrates; no obstante, yo no dialogaría con un hombre que hace este tipo de preguntas.

No deja de sorprender que Sócrates, que insiste en preguntar qué «es» lo bello, de pronto pregunte «¿... cuando son adecuadas hacen que las cosas «aparezcan» bellas y cuando no, feas...?». Parecería que cuando una cosa «es» bella, lo es en su ser completo, lo es intrínsecamente, mientras que si «aparece» bella, no lo es necesariamente en su ser

completo, sino solo en su apariencia. En el contexto del debate, se podría decir que la cuchara de oro «parece» bella, mientras que la de madera de higuera «es» bella por ser adecuada, cosa que la de oro no es.

Como ya se indicó anteriormente, es Hipias quien introduce aquí la noción de lo «adecuado al uso», en su contestación a Sócrates sobre el mármol y, poco después, la de que «lo que es adecuado a cada cosa, eso la hace bella». Entiende, por tanto, lo adecuado igual a belleza. Luego Sócrates, basándose en la argumentación anterior, implica, pero sin decirlo explícitamente, que la cuchara de madera de higuera es más bella porque es más adecuada *al uso:* al remover con ellalas legumbres en la olla les transmita su sabor, y lo hace al estar, precisamente, *en uso*, cosa que no puede hacer la cuchara de oro.

La frase de Hipias enuncia una verdad básica sobre estos objetos. Significa que lo adecuado a una cosa es aquello que es configurado conforme al uso que se hace de ella. *The use is the truth*,[2] Wittgenstein dixit. Las cosas, los objetos, están, antes que nada, para servir a un fin concreto y para ser usados por unos usuarios que persiguen este fin. En su uso —sea cual sea la parte del cuerpo humano involucrada— se averigua la verdad, lo adecuado, la utilidad de la cosa. Ambas cucharas pueden realizar las mismas tareas físicas, pero la de oro encierra un peligro (romper la olla) y, comparada con la de madera de higuera, una carencia (no transmitir sabor), lo que la hace inadecuada mientras que la de madera sólo tiene virtudes. El cumplimiento óptimo de estas dos funciones sería entonces, según el criterio de Hipias, lo que hace que la cuchara sea bella.

Ahora, partiendo de la equivalencia «adecuado al uso = belleza», implícita en la contestación de Hipias, esa belleza de la que están hablando es una belleza que nada tiene que ver con el aspecto visual de la cuchara, pues no se menciona para nada su forma. Según se desprende de las palabras de Sócrates, la cuchara es adecuada y, por lo tanto, bella según Hipias, porque transmite su sabor a las legumbres, además de que no rompería la olla. Habla de una belleza inmaterial, intelectual, de una «belleza» de la inteligencia. Es como cuando los matemáticos o los físicos hablan de «belleza» en sus respectivas disciplinas, por ejemplo de la belleza de una ecuación: E = mc2, según este entendimiento, sería una obra maestra de belleza. Considerar la cuchara de madera de higuera bella por las razones aducidas, da placer al intelecto por la inteligencia de haberla hecho de esta madera, pues así, transmitiéndole su sabor al removerla, enriquece el sabor de la comida, Esta «belleza» de la inteligencia es precisamente lo que, aparte de su belleza formal, caracteriza los objetos señalados al principio de esta indagación: la aceitera de Rafael Marquina, el mapa del Metro de Londres o, por ejemplo, el encendedor para pipas Bentley.

El fumador de pipa tiene habitualmente dos objetos para llenarla de tabaco y encenderla: un mechero y un limpia-respectivamente, pisón de pipa. Éste último es un instrumento que se guarda en una funda metálica. Cuando se saca, se despliega en tres piezas: una, con una base redonda inamovible para pisar el tabaco que está en el cabezal de la pipa, otra con espátula y la tercera, parecida a una aguja, ambos para limpiar la pipa.
Cuando el fumador se dispone a fumar, con la pipa llena de tabaco, y suponiendo que la tenga en la boca, sus manos estarán ocupados con dos objetos: el mechero y el limpia-pisa pipa; con tres si no ha devuelto éste último a su funda tubular. Si enciende la pipa con el encendedor en la mano derecha y, por ejemplo, tuviera queproteger la llama del viento con la izquierda, tendría que depositar los objetos que tiene en ella para atender a esta función. Es decir, con estos objetos hay que hacer muchos gestos simplemente para encender la pipa.

El encendedor Bentley es un brillante ejercicio de síntesis y ejemplo de lo que se ha definido como «belleza» de la inteligencia. Este encendedor ejecuta las mismas funciones que el conjunto de objetos de la ilustración 1: pisar tabaco / encender / limpiar la pipa / sólo que conun único objeto, con el consiguiente «ahorro de gestos». Las funciones de pisar y limpiar las ejecuta la pieza incorporada al mechero: su base redonda, que en el otro objeto es fija, aquí es movible. Cuando se la aplana, sirve como espátula para limpiar el cabezal de la pipa; cuando esta misma pieza redonda se pone en sentido perpendicular respecto de su tronco, sirve para pisar el tabaco. Además, en la parte superior plateada del encendedor se halla un regulador de llama en ambos lados. El manejo de este encendedor ha sido pensada para el uso tanto de personas diestras como zurdas.
Este encendedor es un objeto que se auto-explica. Además de su simple belleza formal, cada parte del mismo da testimonio del proceso de pensamiento que ha conducido a dar un máximo de servicio con un mínimo absoluto de piezas y gestos. Esta «lectura» del objeto produce placer intelectual porque se percibe la inteligencia que obró detrás de cada parte del mismo.

Este tipo de «belleza» intelectual, o de la inteligencia, es un tema inusual en el ámbito del diseño donde —como para la mayoría de la gente, la belleza se da por la visión o por la audición— se considera en primer lugar la belleza visual, la estética de la cuchara, pues tiene, antes que nada, una presencia física, una realidad material y, por tanto, visual. Desde esta perspectiva habría que añadir a lo expuesto por Sócrates e Hipias, que la cuchara sería adecuada y, por tanto, bella si su configuración fuera también adecuada al uso *físico* que se hiciera con ella. Aparte de poder «remover las hermosas legumbres», con la cuchara también se lleva legumbre a un plato o a la boca de un comensal, por lo que su forma deberá ser adecuada también, y sobre todo, a este uso concreto. Porque cabe imaginar que, aun estando hecha de madera de higuera, el «bocal» de la cuchara podría estar configurado de un modo que no cupiera en la boca o que tuviera una forma inadecuada para su uso.

La forma de la cuchara constituye su«seña», su signo esencial, el que le da identidad y permite que sea reconocida, en lo que es, por la mirada del observador. Con la percepción de la «seña» no sólo se denomina y da sentido a la cosa percibida, esta seña es, al mismo tiempo,

la expresión visible de aquello a lo que sirve, a lo que es adecuada o útil. Señala a qué fin sirve su uso: el de la olla, contener líquido que se puede calentar al fuego para cocinar las legumbres; el de la cuchara, remover el contenido y llevarlo al plato o a la boca. Si bien en el diálogo no se menciona este aspecto concreto, a tenor de lo ya dicho podría aventurarse el siguiente enunciado:

> Un objeto sería bello si, por un lado, se manifestara en él algún tipo de «belleza» de la inteligencia y, por otro, si el uso al que ha de servir fuera perfecta y claramente expresado en su *seña*, y que los materiales con los que estuviera hecho fueran adecuados para su uso y, además, reforzaran o subrayaran el enunciado esencial de la seña del objeto.

## 2

Tras un pasaje que se desvía por otros derroteros, el diálogo regresa algo más tarde (293e) a la cuestión de «lo adecuado». Sócrates mantiene el engaño de aquel individuo que le hace preguntas sin cesar y, como si le citara, dice:

> **S:** '... en cambio, examina si te parece bello lo que ahora comentábamos en la respuesta, cuando decíamos que el oro es bello para las cosas para las que es adecuado y no lo es para las que no es adecuado, y así todas las otras cosas a las que esto se añade. Examina lo adecuado en sí, y la naturaleza de lo adecuado en sí, por si lo bello fuera, precisamente, esto'. Yo tengo la costumbre de aceptarle en cada ocasión estas propuestas. No sé qué decirle.Así que, ¿te parece que lo adecuado es bello?
> **H:** Totalmente, Sócrates.
> **S:** Examinémoslo, no sea que nos equivoquemos.
> **H:** Debemos examinarlo.
> **S:** Veamos, pues, ¿Decimos que lo adecuado es lo que, al ser añadido, hace que cada una de las cosas en las que está presente parezca bella, o hace que sea bella, o ninguna de estas dos cosas?
> **H:** A mí me parece que lo que hace es que parezcan bellas. Por ejemplo, si un hombre se pone el manto o el calzado que le convienen, aunque él sea ridículo, tendrá mejor apariencia.

Sorprende sobremanera la definición de Sócrates cuando entiende lo adecuado como «lo que, al ser *añadido*». Con esta frase indica que «lo adecuado» puede añadirse a una cosa ya existente, como por ejemplo, a una olla. Si es esto lo que implica la frase, no tiene, obviamente, sentido. Porque, en efecto,el oro, el adorno, un determinado acabado puede ser añadido a una cosa y así hacerla aparecer más bella de lo que, sin este añadido, es, pero ¡¿se puede añadir «lo adecuado» a una cosa?!Es difícil concebir que un alfarero haga una olla con su arcilla y luego le añada «loadecuado» para hacerla apropiada a su uso. Esto es a todas luces imposible. Cuando el alfarero configura su olla ya sabe de antemano a qué usos será destinada y a cuáles no, y él la realizará para adecuarla precisamente a estos usos, de lo contrario su olla no servirá y será, por tanto, inútil. Exactamente lo mismo podría decirse de la cuchara.

En la versión alemana de esta parte del diálogo, Sócrates dice lo siguiente:

> «Veamos entonces.¿Debemos ahora decir de lo conveniente [*das Schickliche*, también: lo pertinente, oportuno, adecuado o a propósito] que es aquello que, en todo y en cualquier cosa en que se encuentra, la hace aparecer bella o es bella o ninguna de las dos cosas?».

Y en la versión inglesa:

> «Veamos, entonces. ¿Definimos lo apropiado [*appropriate*] como aquello que, por su presencia, hace (causa) que las cosas en las que se hace presente parezcan bellas o sean bellas o ninguna de las dos?».

En ninguna de estas dos versiones se habla de que lo adecuado, apropiado o conveniente se *añade* a una cosa, más bien al contrario: forma parte de la identidad del objeto y revela el fin al que sirve, revela su utilidad. Este grave lapsus no parece, pues, de Sócrates sino del traductor.

Sócrates retoma la cuestión de lo bello en relación al concepto rector de lo útil más adelante (294c), cuando propone a Hipias:

> **S:** ... tomemos como bello lo que es útil. He hablado haciendo la reflexión de este modo, son bellos los ojos, no los de condición tal que no pueden ver, sino los que sí pueden y son útiles para ver. ¿Es así?
> **H:** Sí.
> **S:** Luego también, siguiendo de este modo, decimos que todo el cuerpo es bello bien para la carrera, bien para la lucha, y lo mismo, todos los animales, un caballo, un gallo, una codorniz; los enseres y todos los vehículo de tierra; en el mar, los barcos o las naves trirremes, y todos los instrumentos, los de música y los de las artes y, si quieres, las costumbres y las leyes; en suma, llamamos bellas a todas estas cosas por la misma razón, porque consideramos en cada una de ellas para qué han nacido, para qué han sido hechas, para qué están determinadas, y afirmamos que lo útil es bello teniendo en cuenta en qué es útil, con respecto a qué es útil y cuándo es útil; a lo inútil para todo esto lo llamamos feo. ¿Acaso no piensas tú también así, Hipias?
> **H:** Sí, lo pienso.

Sócrates indica aquí unos criterios para evaluar si una cosa es útil y, por ello, bella. Ahora, si en este contexto tenemos presente el concepto anterior de «adecuado», que la versión alemana e inglesa traducen, respectivamente, por «conveniente» y «apropiado», y comparamos estos conceptos con el de «útil», encontraremos que todos ellos apuntan a lo mismo. Decir: «Esta cuchara es más *adecuada* para...», o: «...es más *apropiada, útil o conveniente* para...», viene a ser, en última instancia, la misma afirmación. Si se acepta este enunciado, entonces los criterios de evaluación propuestos por Sócrates, son igualmente válidos para estos otros conceptos y adquieren así carácter general. Se podría, por tanto, ampliar lo dicho por Sócrates del siguiente modo: «...en suma, llamamos 'adecuadas, convenientes, apropiadas o útiles' todas estas cosas por la misma razón, porque

consideramos en cada una de ellas para qué han nacido, para qué han sido hechas, para qué están determinadas, y afirmamos que lo 'adecuado, conveniente, apropiado o útil' es bello teniendo en cuenta en qué es 'adecuado, conveniente, apropiado o útil', con respecto a qué lo es y cuando lo es.»

## 3

Platón escribió este diálogo entre 388 y 385 AC. A pesar de que han pasado más de dos milenios, las cuestiones que aborda el diálogo y los conceptos que en él se manejan, siguen siendo relevantes en el debate sobre el diseño, como ya se apuntó al comienzo de esta exposición. Lo que aquí puede interesar como conclusión, es si los elementos que aparecen en el diálogo pueden aportar algún criterio para evaluar «lo bello» de un diseño. Así, si asumimos que son actuales y relevantes los conceptos y la problemática que se discuten en el diálogo en relación a la olla y a la cuchara, veamos qué nos pueden aportar los criterios de evaluación propuestos por el mismo Sócrates para determinar «lo adecuado, conveniente, apropiado o útil» y, por tanto, «lo bello» de una cosa. Para lo cual se someterán a estos criterios los dos objetos que se han discutido en el diálogo: la olla y la cuchara. Recordamos que los criterios propuestos para la evaluación de un objeto son:

1. para qué ha nacido
2. para qué ha sido hecho
3. para qué está determinado
4. en qué es adecuado
5. con respecto a qué es adecuado
6. cuándo es adecuado

**1. ¿Para qué han nacido la olla y la cuchara?**
*Olla:* Para ser contenedor de una sustancia o líquido.
*Cuchara:* Para manejar el contenido de un contenedor y transportarlo.

**2. ¿Para qué han sido hechos la olla y la cuchara?**
*Olla:* Para la cocción de alimentos o líquidos.
*Cuchara:* Para el manejo de alimentos o líquidos y su traslado.

**3. ¿Para qué están determinados la olla y la cuchara?**
*Olla:* Para cocinar un contenido encima de un fuego.
*Cuchara:* Para remover un contenido y también trasladar un líquido desde la olla.

**4. ¿En qué son útiles la olla y la cuchara?**
Ambos son útiles (adecuados, convenientes, apropiados) en que las formas y materiales con los que están hechos facilitan el fin que se quiere conseguir con ellos.

**5. ¿Con respecto a qué son útiles la olla y la cuchara?**
Son útiles (adecuados, convenientes, apropiados) con respecto al uso al que se someten.

**6. ¿Cuando son útiles?**
En el momento de su uso adecuado con respecto a su función.

Así, dando un paso más y prescindiendo de la olla y la cuchara como protagonistas del presente discurso, podemos intentar universalizar estas respuestas sintetizándolas a su expresión más básica. El resultado podría entonces constituir una base de discusión sobre cuáles son los aspectos básicos a tener presentes cuando se diseña un objeto.

- **Para qué ha nacido el objeto.**
  Pregunta por su razón de ser.
- **Para qué ha sido hecho el objeto.**
  Pregunta por su finalidad.
- **Para qué está determinado el objeto.**
  Pregunta por su función.
- **En qué es adecuado el objeto.**
  Pregunta por su forma y sus materiales.
- **Con respecto a qué es adecuado el objeto.**
  Pregunta por su uso.
- **Cuándo es adecuado.**
  Pregunta por su utilidad.

Publicado el 01/07/2005

1. Platón, *Hipias Mayor*, Biblioteca Clásica Gredos, Editorial Gredos, Madrid 1981.
2. Otl Aicher, *Analógico y digital,* Editorial Gustavo Gili, Barcelona 2001.

FOROALFA
ISSN 1851-5606
https://foroalfa.org/articulos/de-lo-adecuado-y-bello